

Temas y problemas nacionales

BIBLIOTECA NACIONAL Y BIBLIOTECA PUBLICA

En diversas oportunidades he ocupado la prensa diaria para dar a conocer algunos conceptos sobre la organización de las bibliotecas públicas. No ha sido precisamente una campaña porque parece de cajón para emprenderlas, que el ambiente reaccione en alguna forma. Si la reacción es hostil, el combatiente se siente desafiado y se crece en su esfuerzo para producir el convencimiento. Si la reacción es favorable, recibe parabienes y puede creerse en suma dueño del campo. En este caso no ha ocurrido nada de eso. Los artículos han sido aparentemente leídos por muy pocas personas, y de éstas sólo una minoría muy reducida ha mostrado interés por las ideas en ellos expuestas.

Esta falta de acogida a los conceptos de que se forman estos trabajos debió ser achacada a la radical ineptitud de su autor para entender e interpretar la realidad de su patria, si la institución de que se habla fuera una creación personal suya, es decir, si en ningún otro país del mundo existieran, como se ha propuesto, bibliotecas públicas abundantes y bien instaladas. La verdad es la contraria. Bibliotecas públicas hay en muchos países, y el que falten en Chile revela un señalado descuido de ciertas organizaciones nacionales que debieron haber llenado ese vacío y que hasta hoy descuidan llenarlo. No es, pues, majadería, ni ciega insistencia el recorrer de nuevo los artículos, remozarlos, darles la unidad de que pudieron carecer, precisar en ellos algunas expresiones y echarlos bajo una nueva vestidura a correr por el mundo.

En síntesis, lo que aquí se propone es muy sencillo:

1. Fundar bibliotecas públicas en los barrios de Santiago y en las ciudades que carezcan todavía de ellas.
2. Declarar coleccionista la Biblioteca Nacional de Chile, ubicada en la capital de la nación, y en virtud de esta de-

claración, eliminar de ella todos los servicios que corresponden a otra categoría de bibliotecas, esto es, a las bibliotecas públicas, una vez que por el número de éstas se juzgue que esos servicios están bien atendidos.

3. Robustecer la vigilancia y las medidas de preservación de todos los impresos chilenos atesorados en la Biblioteca Nacional, para evitar que un uso indiscreto los destruya. Entre las medidas de preservación, prestar atención especial a la duplicación fotostática de todos los impresos antiguos o de excepcional rareza.

4. Vigilar y conservar también los impresos de otras nacionalidades que se guardan en aquel mismo establecimiento, en proporción a su antigüedad y a su rareza dentro del país.

Estos cuatro puntos podrían ampliarse, para los efectos de trazar un programa concreto de acción, en docenas y hasta centenares de medidas anexas y complementarias. Se omite este detalle no sólo porque la tarea sería muy prolija, sino porque a quien carece de responsabilidad ejecutiva en un servicio no le es permitido discretamente presentarse sustituyendo a quienes la poseen.

BIBLIOTECA NACIONAL, O BIBLIOTECA ANTINACIONAL

En un día como hoy (19 de Agosto de 1947), hace ciento treinta y cuatro años, fué fundada la Biblioteca Nacional. Debe entenderse que fue sólo fundada, como generosa expresión del amor a la ilustración que prevalecía en los hombres de la Patria Vieja, no que comenzó a funcionar. En los primeros años se acopiaron libros para que se abrieran salas que entonces ni siquiera existían. La Reconquista postergó el proyecto. A raíz del triunfo de Chacabuco, volvió a hablarse de la antigua quimera, y fué a O'Higgins a quien tocó el honor de llevar a la práctica el ensueño largamente acariciado.

Desde el principio se entendió que la Biblioteca Nacional sería una especie de monumento de singular atractivo. "Al presentarse un extranjero en el país que le es descono-

cido —dice el decreto de 19 de Agosto de 1813—, forma la idea de su ilustración por la biblioteca y demás institutos literarios que contiene...”.

La Biblioteca Nacional cuenta, pues, su existencia desde 1813. ¿Se ha hecho un inventario de lo que le debe el país? ¿Sabe alguien si cumple sus funciones técnicas primordiales? Estas preguntas no son del todo ociosas ni impertinentes, desde que han pasado ciento treinta y cuatro años en los cuales la técnica del servicio ha de haber sufrido alguna modificación. Pongámonos en el caso de los señores Pérez, Eyzaguirre y Egaña que firman el decreto de fundación, y, retorciendo un tanto el encabezamiento de éste, digamos: ¿Qué idea de la ilustración de Chile se formaría un extranjero que al llegar a este país, desconocido para él, visitara su Biblioteca Nacional?

No nos vamos a referir al edificio, en el cual se han dado cita algunos errores arquitectónicos tan visibles como de difícil remoción. Vamos a repasar en sus líneas más generales el servicio, esto es, el lazo cultural que mantiene el establecimiento con el país.

Ante todo, hagámonos una nueva pregunta. Si la Biblioteca Nacional es de Chile (y no de Siam ni de Liberia), ¿debe encontrarse en ella todo el repertorio bibliográfico chileno? Pero, como sirve a la cultura chilena, que ha sido transplantada íntegramente de Europa, que no tiene la menor raíz en tierra americana, que nada debe a los aborígenes, en ella deben tener un espacio reservado los testimonios bibliográficos de las culturas europeas. Ahora bien, ¿en qué proporción deben ser atendidos estos dos intereses culturales, y qué mecanismo corresponde a cada uno?

Las dos vertientes principales del servicio tienen límites tan claros que no sería discreto confundirlos. De un lado, la producción bibliográfica chilena; del otro, la del resto del mundo, sin mayores discriminaciones.

Pero hay un detalle de cierta categoría. Los fundadores y los organizadores de los primeros años entendieron que la biblioteca debía ser una especie de conservatorio o museo de la producción bibliográfica chilena, o más ampliamente

todavía: de la imprenta nacional, y crearon, a semejanza de la institución similar de Francia, el depósito legal. Mediante este arbitrio la biblioteca se está surtiendo constantemente, en forma gratuita, de muestras de lo que producen los talleres impresores nacionales, en el número de ejemplares que se ha graduado suficiente para formar repertorios que se mantengan indefinidamente. Los libros extranjeros, en tanto, deben ser adquiridos (por compra, intercambio, etc.), y su adquisición ha de graduarse, como es de rigor, en atención a la demanda de los lectores, a las excelencias señaladas por terceros autorizados y por diferentes otros indicios.

La diferencia entre los dos repertorios se tiñe ahora con una coloración distintiva. El repertorio nacional llega a la biblioteca en virtud de una institución jurídica que para operar no exige casi el concurso de la voluntad de los funcionarios; mientras que el repertorio extranjero no se podría enriquecer y renovar si no media esa voluntad, manifestada en actos repetidos de consulta de catálogos, pedidos, reclamos, pagos, etc.

Vistas las cosas desde este ángulo, estudiemos ahora la reacción del lector potencial ante estos dos repertorios diferentes.

Si un consultante se presenta a la Biblioteca Nacional y pide una obra publicada en Francia, digamos, y se le responde que no está, prácticamente no tiene derecho a reclamar nada. Y si reclama, se le responde que no hay noticia de la existencia de esa obra, que se tomará nota para pedirla oportunamente, etc.

Pero si el consultante se presenta a otra oficina y pide una publicación chilena, ningún funcionario tiene derecho a negársela. Puede ocurrir que el funcionario la ignore, y entonces está en la obligación perentoria de informarse qué ha pasado con ella: si fué hecho el depósito, si el impreso pasó por las oficinas de servicio interior, si llegó a los almacenes de libros, si la ficha se halla en el catálogo, o por qué no se halla, etc. En suma, puede afirmarse que todo impreso chileno "debe" estar a disposición del público en la Biblioteca

Nacional de Chile (precisamente porque es de Chile, y no de Siam o de Liberia, como ya se dijo).

Vamos más lejos. El impreso que se busca no es de ayer, sino de hace muchos años, y no es frecuente sí, por lo contrario, muy escaso; se tiraron pocos ejemplares; la edición se destruyó en parte en un incendio; hubo interesados en que desaparecieran las copias. Así y todo, la biblioteca debe tenerlo. Y, nótese bien: debe poseerlo sin distinguir el tema, sea quien fuere el autor, guste o no el estilo a los críticos, y cualesquiera que sea el color político o religioso o moral de las ideas sustentadas en el impreso. Más todavía; debe esmerarse el funcionario en que el impreso sea bien conservado, para lo cual le dará pasta en cuanto pueda, y sobre todo velará porque la consulta sea piadosa, pulcra, fina, delicada, para que el impreso no perezca antes de tiempo. Teóricamente, por lo demás, debe durar tanto como el establecimiento mismo, no en el sentido material, sino en el sentido jurídico.

Los impresos chilenos deberían entonces estar asilados en condiciones muy especiales, si no con magnificencia que el nivel del país, al parecer, no da de sí, por lo menos con cierta holgura decorosa. Pero el servicio ha sido tradicionalmente considerado del revés, lo mismo que el catalejo en manos del rústico, que se asombra de ver más pequeño y distante en lugar de ver más grande y más próximo, como se le anunciaba, el objeto que le interesa contemplar. Los repertorios extranjeros disponen de espacio holgado para extenderse; el nacional está estrechado en almacenes que no dejan espacio a colocar más piezas. Por años se estuvo empastando a troche y moche y cuanto libro europeo llegaba al servicio, y al mismo compás se dejaron diarios y revistas, libros y folletos nacionales sin encuadernación. Resultado: miles de volúmenes de diarios y de revistas se encuentran actualmente secuestrados para la consulta, en paquetes guardados en bodega.

¿A qué se espera? A que haya presupuesto. ¿Qué falta para que haya presupuesto? Dinero. Estas son las preguntas habituales y las habituales respuestas. Ensayemos una

respuesta algo diferente. No es presupuesto, es decir, dinero, lo único que falta. Falta también la voluntad de hacer, y sobre todo falta adquirir un recto concepto del servicio, esto es, una noción clara y distinta, de lo que el establecimiento debe ser para responder a su nombre.

BIBLIOTECA COLECCIONISTA Y BIBLIOTECA PÚBLICA

El principal obstáculo para que la Biblioteca Nacional lleve a cabo la tarea técnica que le corresponde es, al parecer, el compromiso que se le ha impuesto de ser al mismo tiempo biblioteca pública. Con la pesadísima agravante de ser la "única" biblioteca pública de que realmente puede hablarse en una ciudad que no sólo tiene algo más de un millón de habitantes, sino que es la capital del país. Decimos que es la "única" porque ninguna de las otras bibliotecas santiaguinas que pudieron haber reivindicado ese título está funcionando de manera coordinada con la Biblioteca Nacional, y debido a esta falta de coordinación no se alivia el trabajo de ésta ni se contempla en grado alguno, salvo excepciones de casualidad, la conveniencia de aquel establecimiento.

El lector profano se dirá: ¿Y qué diferencia hay entre una biblioteca nacional y una biblioteca pública?

Abreviando, podría decirse que a la primera se le impone la obligación de ser un centro coleccionista de calidad superior en el cual se hallen todos los instrumentos bibliográficos adecuados, para que la cultura propia del país en que dicho establecimiento funciona, pueda ser constantemente vivificada con nuevas aportaciones. Una Biblioteca Nacional es, por tradición constante, un sitio de investigación científica libre, esto es, ajeno tanto al dogmatismo proselitista como a la tutela escolástica que prevalece en los establecimientos propiamente docentes. Y de todo esto fluye como conclusión única que la función primordial de una biblioteca de este tipo tiene que ser la conservación "indefinida" de los repertorios que la forman, porque de otro modo el servicio no sólo se dificultaría, sino que se haría en cualquiera

fecha imposible. Nótese bien: indefinida, esto es, prolongada a largo tiempo y sin limitación alguna propuesta de antemano. Los libros de la Biblioteca Nacional de Chile, puede decirse en substancia, deben durar tanto como la propia República que la ha creado.

Esto es lo propio de una biblioteca nacional; lo propio de una biblioteca pública es muy diverso. Sus colecciones no son permanentes; no tiene por objetivo coleccionar, sino proporcionar instrumentos para la lectura y la consulta usuales; cuando un libro comienza a no ser consultado, se le saca del estante, se le reemplaza con otro que acredite poseer algún título al interés del público y se le envía a un depósito central del sistema bibliotecario de que la biblioteca pública es un órgano. Si el libro está demasiado gastado por el uso, se le destruye. Cuando sale un libro nuevo, la biblioteca pública (que nada recibe por vía del depósito legal), adquiere tantos ejemplares como parezcan necesarios a la consulta simultánea de varios lectores. En un establecimiento de esta índole, como se ve, no predomina sobre los demás el concepto de la "conservación indefinida" de los repertorios, sino, al revés, el de que el repertorio debe estar en continua renovación para atender nuevas necesidades de los lectores.

No nos interesa saber qué pasa cuando a una biblioteca pública se le impone el compromiso de ser biblioteca coleccionista; lo que sí interesa conocer, porque es el problema de nuestros días, es la tragedia de una biblioteca coleccionista a la cual se le impone el servicio de biblioteca pública.

1º—Excesivo desgaste de los libros. No todos los consultantes son cuidadosos. Algunos, armados de lápiz y hasta de plumas, se dedican a rayar los márgenes de los libros y hasta a subrayar palabras, frases y aún párrafos enteros. Otros, armados de instrumentos cortantes, recortan fragmentos de libros y, sobre todo, de publicaciones periódicas.

2º—Plétora en las salas de lectura. De acuerdo con el principio de que jamás una biblioteca pública puede rechazar a ningún lector (salvo que se presente en estado de ebriedad, desaseado en exceso, etc.), las salas se llenan de un público

heterogéneo. Pide lo que quiere y queda, por tanto, en aptitud de destrozar o deteriorar lo que le plazca.

3º—Frivolidad de la consulta. Por la plétora, el funcionario no puede prestar la atención bibliográfica debida a cada caso. El lector tiene que investigar solo, con notoria pérdida de tiempo, puesto que no siempre sabe cómo se investiga. Dominado el personal por la fatiga de la atención multiplicada, trata sólo de salir del paso.

4º—Desatención de las funciones técnicas superiores. Como la atención de las salas de lectura es muy pesada, se distrae el personal en ellas abandonando funciones técnicas superiores, como serían la confección de bibliografías, renovación de las fichas, formación de catálogos especiales, etc. En el caso nuestro, la Biblioteca Nacional tiene interrumpida en 1916 la serie de los Anuarios de la Prensa, en 1930 la Revista de Bibliografía y en 1938 la Lista de Publicaciones Periódicas. Dicho de otro modo: carece de todo instrumento para dar fe de su existencia y de su actividad más allá de las fronteras patrias.

5º—El personal no puede perfeccionarse. Encerrado en un pupitre o mostrador y obligado a despachar diariamente varios centenares de pedidos, el funcionario no puede pretender siquiera conocer los repertorios de cada división. Carece de tiempo para la tarea, y si quisiera afrontarla, siempre estaría ya dominado por el cansancio que le depara la atención del público.

6º—El público se acostumbra al mal servicio. Se le dan libros sucios, mal conservados, con páginas de menos, con rayas o con expresiones groseras que algunos lectores han estampado a modo de conclusión de su contacto con el libro, y naturalmente, en cada nuevo consultante se forma la impresión de que en esa biblioteca todo es posible, inclusive atentar contra el patrimonio nacional.

El peor enemigo de los libros, de las revistas y de los diarios no es, como pudiera creerse de buenas a primeras, el lector menos culto. No, nada de eso. El que se atreve a rayar es generalmente un estudiante que anda procurando retener en forma textual las definiciones que habrá de memorizar en

las interrogaciones quincenales o mensuales. El que recorta una poesía en una revista es, por lo común, un aprendiz de literato que no quiere tomarse la molestia de copiar. El que pone insultos en las márgenes, en fin, posee una personalidad tan enérgica como para no tolerar en silencio la exposición del ideal ajeno, pero no tan equilibrada como para cohibir aquella explosión de intemperancia.

Cuando la biblioteca coleccionista es erróneamente biblioteca pública a un mismo tiempo, el público todo, sin discriminación alguna, acude a ella, y con él entran a la sala los jóvenes armados de lápiz, pluma y navajitas de afeitar que se encargarán de mutilar los impresos gracias a la escásima vigilancia que puede ejercer sobre ellos un personal siempre en déficit para las reales necesidades del servicio.

CREACIÓN DE SUCURSALES

En los capítulos anteriores hemos pretendido demostrar que el servicio de la Biblioteca Nacional ha sido trastocado e invertido, y que merced a este extraño cambio se está exponiendo el repertorio exclusivo del establecimiento a un desgaste tan intenso, que ya la destrucción de las piezas se ha producido. Hace algún tiempo fué necesario dictar un reglamento para restringir un tanto la consulta de las publicaciones periódicas, que son de más difícil reemplazo que los libros y los folletos; pero la solución no basta, y se hace necesario adoptar otras.

La solución máxima a que se puede aspirar entre nosotros, dada la terrible limitación económica que rige siempre sobre los establecimientos culturales, consiste en separar la biblioteca coleccionista de la biblioteca pública, como primera etapa. En la segunda etapa se contempla la creación de tantas bibliotecas públicas como barrios haya en la ciudad aptos, por la densidad de su población, para justificar un servicio de esta índole. La tercera etapa, en fin, sería extender los beneficios del sistema a todas las ciudades del país, de modo que el libro saliera en busca del lector y abreviara,

por decirlo así, el viaje que éste actualmente debe hacer en procura de aquél.

Esta solución no es, sin embargo, tan sencilla como parece, y la mejor prueba de ello es que el servicio en los últimos veinte años, en lugar de irse acomodando a ella, se ha ido alejando cada vez más. Antes que separar la biblioteca coleccionista de la pública, se han creado nuevas salas pequeñas de consulta, en cada una de las cuales se consumen los esfuerzos de un personal que bien podría aplicarse al servicio de una mayor cuota de consultantes. La consulta, como se ve, se ha hecho más exclusiva, en lugar de haberse hecho más social. Hay actualmente en la Biblioteca Nacional empleados a los cuales toca atender a unos pocos centenares de lectores por año. El privilegio de éstos aparece violentamente replicado por el exceso de consultas que aflige a otros.

Lo que se propone, en suma, es que la biblioteca viva en el mismo barrio en que residen la dueña de casa y el obrero, el empleado y el estudiante. Obligar a unos y a otros a un largo viaje desde el barrio hasta el centro, conspira en contra del progreso de los barrios. La construcción de una biblioteca en cada uno de ellos ayudaría a levantar el nivel intelectual y moral del conjunto.

Se propone, además, restablecer a la Biblioteca Nacional las funciones eminentes que le son propias, sin transacción de ninguna clase con las debilidades que hasta hoy han dominado sin contrapeso. La debida utilización de sus fondos bibliográficos no puede ser hecha por el público si una legión de intermediarios no presta sus servicios para señalar lo que en ellos se contiene de utilizable. Se hace preciso, pues, volver a la buena práctica, que alguna vez existió, de publicar revistas de bibliografía (administraciones de los señores Silva Cruz y Barrios), de dar a luz estudios monográficos sobre determinados temas y de mantener vigente algún estímulo para las funciones de investigación.

En lo que toca a sucursales y creación de bibliotecas públicas, llama la atención que la Biblioteca Nacional de Chile haya vivido rigurosa y sistemáticamente a espaldas de la evolución que el servicio ha tenido en otros países.

La Biblioteca Pública de Nueva York, por ejemplo, tiene (1941) 34 sucursales en la isla de Manhattan, 7 en Richmond y 17 en el Bronx, lo que hace un total de 58 sucursales. La Biblioteca Pública de Brooklyn, por su parte, mantiene 35 sucursales en el mismo año. La del barrio de Queens agrega 27 sucursales. Entre las tres tenemos, de consiguiente, 120 sucursales, con las que se pretende atender al total de la población combinada de Nueva York.

Sería cuento de nunca acabar acumular pruebas para establecer que en los años corridos desde 1813 el movimiento bibliotecario ha tendido siempre a la creación de sucursales a fin de evitar un engorroso viaje de los barrios hacia el centro. El contenido de las bibliotecas se ha diversificado. La confusión de funciones que se observa entre nosotros (biblioteca coleccionista central privilegiada por la ley, y biblioteca pública), es una aberración, por lo menos desde el punto de vista cronológico.

No es necesario, como se ve, poner en prensa el cerebro para hallar una solución que satisfaga. La creación de cuatro o cinco sucursales de la Biblioteca Nacional en otros tantos barrios, no es una aventura ni habrá de constituir un prodigio inalcanzable para el acervo cultural de la nación. Todos los sistemas de organización existen y han sido probados en otras naciones. Si los estudiamos con buena fe y los adaptamos con alguna discreción a nuestros propios hábitos, no hay temor alguno de que fracasemos en la empresa.

EN DONDE ESTÁ TODO POR HACER...

Dentro de estos artículos de divulgación del problema bibliotecario de Chile, en que se avanza el estudio de algunas soluciones posibles, que no podrán ser encaradas sino por un personal consciente de sus responsabilidades, enérgico y decidido, parece indispensable llegar a establecer, por comparación, cuál es la categoría que corresponde a nuestra Biblioteca Nacional. Los mismos que creen que la bandera chilena es la más hermosa y el himno patrio el más emotivo,

suelen afirmar que nuestra Biblioteca Nacional es una de las primeras del mundo. Vamos por partes y distingamos: ¿En el orden cronológico? No puede ser, puesto que la nuestra corre sólo desde 1813 y hay en el mundo algunos centenares de bibliotecas que tienen varios siglos más de existencia. ¿Por la magnitud de sus edificios, por el número de su personal, por la riqueza de sus colecciones? Para juzgar de este aspecto del problema, ahí van algunas cifras estadísticas:

La Biblioteca del Congreso de Washington pasa por ser una de las más ricas del mundo. Ocupa dos enormes edificios, uno antiguo y otro muy reciente, enteramente forrado con mármol blanco, que fué construído para almacenar los libros que ya repletaban las estanterías del anterior. Hay comunicación subterránea entre ambos, y los libros se envían por una instalación neumática. Aun cuando el número de lectores atendidos no es muy grande, la planta de empleados sobrepasa al millar. Y se explica, porque la biblioteca realiza una infinidad de funciones bibliográficas anexas, entre las cuales tiene, sin duda, importancia excepcional la confección de fichas que circulan con crédito no discutido en todo el mundo.

Los mármoles, los mosaicos, los bronceos, ayudan muy indirectamente a la investigación; veamos lo que en cambio caracteriza a la Biblioteca del Congreso de Washington, como centro de estudio.

En Marzo de 1941 se calculó que contenía 6.253.800 libros y folletos; 1.469.207 mapas; 1 millón 622 mil 923 volúmenes y piezas de música; más de medio millón de grabados (a la pluma, en madera, litografías, fotografías, etc.). No es esto, sin embargo, lo único. En su departamento de libros raros cuenta 128.321 títulos, de los cuales nada menos que 5.000 incunables.

Con lo que parece fácil concluir que una biblioteca coleccionista no podrá alardear de su riqueza ni pretender figurar en el elenco de las mejores, mientras no posea piezas excepcionales en un número que llame la atención. La colección de piezas de música de la Biblioteca del Congreso, por

ejemplo, pasa por ser la más opulenta del mundo, y la de incunables, aun cuando no es la más rica, tiene sitio honorable entre las primeras.

Atendiendo sólo a la riqueza de libros y folletos, veamos ahora un instructivo cuadro:

Nombre de la biblioteca	Ciudad	Existencia	Observaciones
Library of Congress	Washington, D. C.	6.253.800	(ver arriba)
Biblioteca Pública	Leningrado	3.000.000	240 mil man.
Bibliothèque Nationale	París	4.500.000	122 mil man.
Biblioteca Pública	Moscú	3.900.000	—
British Museum	Londres	3.750.000	56 mil man.
Public Library	Nueva York	3.730.000	—
Biblioteca del Estado de Prusia	Berlín	2.130.000	56.810 man.

Hemos señalado los manuscritos en la columna de las observaciones porque, conforme consenso unánime, es la riqueza combinada de libros impresos y de originales manuscritos uno de los motivos principales de atracción de las bibliotecas. Mediante ellos se prosiguen incesantemente estudios de erudición que no tendrían base alguna sin la existencia de los manuscritos, que las bibliotecas compran por lo común a precios altísimos.

Nuestra lista podría prolongarse mucho, ya que en ella, como se ve, faltan las bibliotecas famosas de varias capitales europeas y las bibliotecas universitarias de Estados Unidos, entre las que hay algunas dignas de ocupar un sitio en esta nómina de privilegio. La Biblioteca Vaticana de Roma, por ejemplo, no es de las más ricas en impresos, ya que cuenta algo así como un millón; pero dispone además de 50 mil manuscritos de primer orden y no menos de seis mil incunables, lo que es una riqueza inapreciable y excepcional.

Con estos detalles se entra también a la comprensión de una entidad de orden técnico que en Chile no se ha discernido todavía. Nadie va a la biblioteca del Vaticano a pedir una revista de actualidad para entretenerse con sus grabados, ni a leer la última novela ligera, ni a informarse sobre los sitios de veraneo en una guía de turismo. Ese repertorio se halla en las bibliotecas públicas, y se supone que cualquier

ciudad medianamente organizada ha de contar con tantas bibliotecas públicas como sean los barrios populosos que la forman. En una biblioteca coleccionista en que se guardan libros raros, incunables, manuscritos, etc., la consulta está restringida a puntos de investigación y de preferencia entregada a eruditos, historiadores, etc.

Nosotros, con prisa y atolondramiento lamentables, pretendemos que nuestra Biblioteca Nacional figure entre las primeras del mundo, y no nos damos cuenta de que apenas hemos abierto la marcha en ese áspero camino de repechada. No tenemos una biblioteca de investigación de primer orden, y el único material privativo nuestro (la colección de impresos chilenos, en la cual naturalmente no podría ninguna biblioteca extranjera llegar más lejos que nosotros), está expuesto a destrucción por no haberse querido entender hasta hoy que las funciones de biblioteca pública y de biblioteca coleccionista son incompatibles.

De estas observaciones parece también fácil concluir que en esta materia todo está por hacer entre nosotros, y que acusa una ausencia de sensibilidad intelectual lamentabilísima la autoridad que no se decida a estudiar el problema con mediana profundidad. No pretendemos que se otorguen a nuestras bibliotecas los recursos de que se ha dispuesto para el deporte. Sería demasiado, y los bibliotecarios no sabrían qué hacer con tanto dinero. Pero sí puede pretenderse, sin lograr patente de ilusos, que en el problema bibliotecario pendiente se proceda con tiento, sin precipitaciones y sin frivolidad. Hay que repetir una y mil veces, para que se grave en la conciencia de todos, que las únicas colecciones privadas de que puede jactarse la Biblioteca Nacional (las de impresos chilenos), corren peligro de destrucción, y que una vez destruídas sería absolutamente imposible reponerlas en su integridad primitiva.

¿Quién será el Hércules que se atreva a emprender esa lucha en un ambiente que si no es hostil, muestra por lo menos agreste indiferencia por las necesidades de la cultura?

EN LA HORA DE LAS RESPONSABILIDADES

Hace algunos años, invitado a disertar sobre estos temas en una reunión de profesores de las escuelas de adultos, terminé diciendo: "Nadie hará nada". Esta epifonema fué mal comprendida en la asamblea. Hubo quienes me dijeron que un hombre joven (yo lo era entonces) hacía mal al mostrar en esa forma su falta de fe en los demás miembros de la comunidad. Es posible que hiciera mal; pero los años transcurridos me han dado la razón. Nadie ha hecho nada, conforme yo preveía. Y conste que algunos de los oyentes eran senadores, uno fué más tarde ministro y muchos ocupan, hoy como entonces, altos puestos en la jerarquía de la organización educacional del Estado.

No me toca, por lo demás, examinar por qué no se ha hecho nada en esta materia. Lo único que interesa es dar la voz de alarma para fijar las responsabilidades. La destrucción de un repertorio bibliográfico irreemplazable será el estigma con que habrá de confundirse mañana a todos los paralíticos de la voluntad que en largos años permanecieron indiferentes ante el desastre. Con el paso del tiempo se echarán de menos los testimonios impresos de la vida nacional que hoy parecen deleznable. Nuestra generación, en suma, aparecerá comprometida en un delito de lesa cultura que no será fácil redimir.

La confusión en un solo establecimiento y en un mismo servicio de la biblioteca nacional con la biblioteca pública, está destruyendo inexorablemente un repertorio bibliográfico que a medida que pase el tiempo no será ya difícil reponer, como hoy, sino que será absolutamente insubstituible.

RAÚL SILVA CASTRO